

ÉDOUARD LEVÉ

Autorretrato

Traducción de Julia Osuna Aguilar



451.http://

ISBN 978-84-96822-78-8

PRIMERA EDICIÓN EN 451 EDITORES
2009

TÍTULO ORIGINAL
Autoportrait

© DEL TEXTO: Édouard Levé, 2005
© P.O.L. Éditeur, 2005
© DE LA TRADUCCIÓN: Julia Osuna Aguilar,
2009
© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2009

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de Imagen y Diseño GELV

DISEÑO DE COLECCIÓN
holamurray.com

MAQUETACIÓN
Departamento de Producción GELV

IMPRESIÓN



Talleres Gráficos GELV
(50012 Zaragoza)
Certificado ISO

DEPÓSITO LEGAL: Z.
IMPRESO EN ESPAÑA

Todos los derechos reservados. Esta
publicación no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la
editorial.

DE ADOLESCENTE CREÍA QUE *LA VIDA, INSTRUCCIONES DE uso* me ayudaría a vivir, y *Suicidio, instrucciones de uso*, a morir. He pasado tres años y tres meses en el extranjero. Prefiero mirar a la izquierda. Un amigo mío disfruta con la traición. El final de un viaje me deja el mismo regusto triste que el final de una novela. Olvido lo que me desagrada. Es posible que haya hablado sin saberlo con alguien que ha matado a alguien. Voy a mirar en los callejones sin salida. Lo que hay al final de la vida no me da miedo. En realidad no escucho lo que me dicen. Me sorprende que me pongan un apodo sin conocerme apenas. Me cuesta un tiempo darme cuenta de que alguien se porta mal conmigo, tan sorprendente me parece que me pase algo así: el mal es en cierto modo irreal. Archivo. A los dos años hablé con Salvador Dalí. La competición no me estimula. Describir mi vida con precisión me

llevaría más tiempo que vivirla. Me pregunto si, al hacerme viejo, me volveré reaccionario. Cuando me siento con las piernas desnudas sobre escay, mi piel no resbala, rechina. He engañado a dos mujeres, se lo dije: a una le dio igual, a la otra no. Bromeo con la muerte. No me gusto. No me detesto. No me olvido de olvidar. No creo que exista Satán. Mi ficha policial está en blanco. Me gustaría que las estaciones durasen una semana. Prefiero aburrirme solo que acompañado. Recorro lugares vacíos y como en restaurantes desiertos. En cuestión de alimentación, prefiero lo salado a lo dulce, lo crudo a lo cocido, lo duro a lo blando, lo frío a lo caliente, lo aromático a lo inodoro. No puedo escribir tranquilo si no tengo nada comestible en el frigorífico. Puedo pasar con facilidad sin alcohol y sin tabaco. En un país extranjero, dudo si reírme o no cuando mi interlocutor eructa en medio de una conversación. Me fijo en las canas de la gente que todavía no está en edad de tenerlas. Es preferible que no lea los manuales técnicos de medicina, sobre todo los pasajes en los que se describen los síntomas de algunas enfermedades: veo cómo proliferan en mí a medida que descubro su existencia. La guerra me parece tan irreal que me cuesta creer que mi padre haya estado en una. Vi a un hombre cuya parte

izquierda de la cara no expresaba lo mismo que la parte derecha. No estoy seguro de que me guste Nueva York. Yo no digo «A es mejor que B», sino «prefiero A a B». No dejo de comparar. Cuando vuelvo de viaje, el mejor momento no es ni el paso por el aeropuerto ni la llegada a casa, sino el trayecto en taxi que los une: todavía es viaje, pero ya no del todo. Desafino al cantar, de ahí que no cante. Como soy gracioso, se creen que soy feliz. Espero no encontrarme nunca una oreja en un prado. Las palabras no me gustan más que un martillo o un tornillo. No conozco a los chicos verdes. En los escaparates de los países anglosajones leo «sale» ('rebajas') en francés ('sucio'). No puedo dormir con una persona que se mueva, que ronque, que respire fuerte o que tire de las sábanas. Puedo dormir abrazado a una persona que no se mueva. Se me ocurrió la idea de un Museo del Sueño. Tiendo, por comodidades del lenguaje, a llamar «amigo» a gente que no lo es, no se me ocurre otra palabra con la que calificar a esas personas que conozco, que me caen muy bien, pero con las que no he establecido ningún vínculo en particular. En el tren, sentado en el sentido contrario a la marcha, no veo las cosas llegar sino irse. No preparo mi jubilación. Considero que la mejor parte de un calcetín es el toma-

te. No le presto atención a la cantidad de dinero de mi cuenta bancaria. Mi cuenta bancaria rara vez está en números rojos. Los documentales *Shoah*, *Numéro zéro*, *Mobutu, roi du Zaïre*, *Urgences*, *Titicut Follies* y *La conquête de Clichy* me han marcado más que la mejor de las ficciones. Las películas *ready-made* proyectadas por Jean-Marc Chapoulie me han hecho reír más que la mejor de las comedias. He intentado suicidarme en una ocasión, he intentado intentar suicidarme en cuatro ocasiones. El sonido lejano de un cortacésped en verano me trae buenos recuerdos de la infancia. No suelo tirar cosas. Una antepasada mía tenía la manía de guardar cosas, cuando murió encontraron una caja de zapatos en la que una etiqueta con una cuidada caligrafía rezaba: «Chismes inútiles». No creo que la sabiduría de los sabios llegue a perderse. Se me ocurrió el proyecto de un libro-museo de la escritura vernácula en el que se copiarían, clasificados en categorías, mensajes escritos a mano por desconocidos: anuncios de animales perdidos, justificaciones puestas en los parabrisas dirigidas a los guardias para no pagar el parquímetro, llamamientos desesperados en busca de testigos, indicaciones de cambio de propietario, mensajes de oficina, mensajes domésticos, mensajes dirigidos a

uno mismo. Al escuchar a un anciano contarme su vida pensé: «Este hombre es un museo de sí mismo». Al escuchar hablar al hijo de un militante afroamericano y de una socióloga francesa pensé: «Este hombre es un *ready-made*». Al ver a un hombre macilento pensé: «Es un fantasma de sí mismo». Mis padres iban al cine todos los viernes por la noche hasta que compraron el televisor. Me gusta el sonido sincero de las bolsas de papel, pero no el revoloteante de las bolsas de poliuretano. He oído, pero no he visto, una fruta caer de una rama. Los nombres propios me fascinan porque desconozco su significado. Tengo un amigo que, cuando invita a gente a su casa, no pone bandejas en la mesa, solo los platos ya servidos, como en los restaurantes, de repetir, por lo tanto, ni hablar. He vivido varios años sin prestación social alguna. Me puedo sentir más incómodo con alguien amable que con alguien cruel. Los malos recuerdos de mis viajes son más divertidos de contar que los buenos. Que un niño me llame «señor» me desconcierta. La primera vez que vi a gente hacer el amor delante de mí fue en un club de intercambio de parejas. No me masturbo delante de una mujer. Me masturbo menos con imágenes delante que con recuerdos. Nunca me he arrepentido de decir lo que realmen-

te pensaba. Las historias de amor me aburren. No cuento mis historias de amor. Hablo poco de las mujeres con las que estoy, pero me gusta que mis amigos me hablen de las suyas. Una mujer vino a reencontrarse conmigo en un país lejano después de un mes y medio sin vernos, no la había echado de menos, en unos instantes comprendí que ya no la quería. En la India viajé una noche entera en un autocar con un suizo al que no conocía de nada, atravesamos las llanuras de Kerala, le conté más cosas por iniciativa propia en unas horas que a mis mejores amigos en años, sabía que no volvería a verlo, era una oreja sin consecuencias. Puedo ponerme suspicaz. Ver fotografías antiguas me convence de que el cuerpo evoluciona. Reprocho lo que me reprochan. No soy un rácano, admiro el gasto justo. Algunos uniformes me gustan, no por lo que encarnan sino por su sobriedad funcional. En una ocasión le anuncié una buena nueva que me concernía a una persona a la que quiero, y me di cuenta con estupor de que se había puesto celosa. No me gustaría que mis padres fuesen famosos. No soy guapo. No soy feo. Desde algunos ángulos, moreno y con camisa negra, puedo verme guapo. Me veo más a menudo feo que guapo. Los momentos en que me veo guapo no coinciden con

aquellos en que quiero estarlo. Me veo más feo de perfil que de frente. Me gustan mis ojos, mis manos, mi frente, mi culo, mis brazos, mi piel, no me gustan mis muslos, mis pantorrillas, mis orejas, la curvatura de la parte posterior de mi cuello, los agujeros de mi nariz vistos desde abajo, sobre mi sexo no tengo ninguna opinión formada. Tengo la cara torcida. La parte izquierda de mi cara no se parece a la parte derecha. Me gusta mi voz cuando me levanto después de haber bebido o estando con gripe. No tengo necesidad de nada. No intentaría ligar con alguien que llevase sandalias de hebillas. No me gustan los dedos de los pies. Me gustaría no tener uñas. Me gustaría no tener barba para no tener que afeitarme. No voy buscando honores, no respeto las distinciones, soy indiferente a las recompensas. Siento debilidad por la gente rara. Le tengo simpatía a la gente desgraciada. No me gusta el paternalismo. Me siento más cómodo entre viejos que entre jóvenes. Puedo hacerle innumerables preguntas a la gente a la que creo que no voy a volver a ver. Un día me pondré unas botas de vaquero negras con un traje de terciopelo morado. El olor del estiércol me recuerda una época pasada, mientras que el olor a tierra húmeda no me remite a ningún periodo en particular. No soy capaz de rete-

ner los nombres de las personas a las que me acaban de presentar. No me avergüenzo de mi familia pero no la invito a mis inauguraciones. A menudo he querido. Me quiero menos de lo que me han querido. Me sorprende que me quieran. No me creo guapo porque una mujer sí me vea así. Soy irregularmente inteligente. Mis estados amorosos se parecen entre sí, y se parecen a los de los demás, mis trabajos en cambio no se parecen entre sí, o no se parecen a los de los demás. Hay algo que me hace gracia de la desgracia de un amor que se acaba. No hago fondo común con nadie. Un amigo me hizo fijarme en que cuando los invitados llegaban a mi casa yo tenía cara de alegría, pero también cuando se iban. Empiezo, más que acabo. Me cuesta menos llegar a la casa de la gente que irme. No sé cortar a un interlocutor que me aburre. Me abalanzo sobre los bufés gratuitos hasta asquearme. Hago bien la digestión. Me gusta la lluvia de verano. Los fracasos de los demás me ponen más triste que los míos. Los fracasos de mis enemigos no me alegran. No llego a entender por qué la gente hace regalos estúpidos. No llevo bien lo de los regalos, ni hacerlos ni recibirlos, a no ser que acierten, cosa poco habitual. El amor me reporta placeres enormes pero me lleva demasiado tiempo.